

LAS LUCHAS SOCIALES Y EL SOCIALISMO EN EL SIGLO XXI: UNA CUESTIÓN VITAL PARA LATINOAMÉRICA Y PARA LA HUMANIDAD

Ricardo Antunes¹

Resumen

El balance del siglo XX permite constatar que los proyectos de liberación no consiguieron derrotar al sistema capitalista constituido por la tríada del capital, el trabajo y el Estado. Es solo eliminando el conjunto de los elementos que conforman dicha tríada, que podremos superarla. Esto implica un trabajo continuo y profundamente crítico de todos los trabajadores para enfrentar el poderío de los sistemas que han producido la barbarie. Las luchas actuales, por tanto, protagonizadas hoy por múltiples y diversos actores sociales, deberán considerar la importancia del carácter histórico mundial que tiene el socialismo y enfrentar al capital de manera universal. Solo así la vida tendría sentido, bajo bases completamente nuevas, tejida por hombres y mujeres sociales libremente asociados en torno a aspiraciones auténticas provenientes de sus vidas cotidianas. El socialismo que buscamos en el siglo XXI es un proyecto que implica una lucha que puede concretar aquel lazo fundamental del individuo con el género humano, donde libertad y necesidad se realicen mutuamente.

Abstract

The 20th century balance allows us to see that liberation projects didn't defeat the capitalist system constituted by the triad of capital, work and State. It's only eliminating the whole components of this triad that we shall

¹ Profesor Titular de Sociología del Trabajo en la Universidad de Campinas (UNICAMP). Traducción de Gustavo Bustos.

overcome. This requires a deep and continuous critical work from all the workers to face the power of the systems which have produced the barbarie. The current struggles, developed by multiple and diverse social actors, must consider then the importance of the historical worldly importance of socialism and face capital on a universal way. Only in this way life will be meaningful, under new basements, weaved by social men and women freely associated around true aspirations coming from its every day lives. The socialism we are searching for in the 21st century is a project that implies a struggle were a person can make that original and fundamental tie with the human raze, where freedom and need succeed together.

I. Algunas consideraciones sobre los emprendimientos socialistas en el siglo XX

En el umbral del siglo XXI, la búsqueda de un nuevo proyecto socialista se encuentra nuevamente en primer plano. Actualmente estamos en condiciones de realizar un balance conclusivo respecto a la experiencia vivida durante el siglo XX: ya derrotadas sus más importantes experiencias, con la URSS al frente, es posible constatar que dichos proyectos no fueron capaces de derrotar al sistema de metabolismo social del capital. Este sistema, constituido por la tríada capital, trabajo y Estado, no puede superarse sin la eliminación del conjunto de los elementos que lo comprende. Como señala István Mészáros², no basta eliminar uno o dos de sus polos. El desafío es superar la tríada, incluida la división social jerárquica del trabajo que subordina el trabajo al capital.

Al no haber avanzado en esta dirección, los países post-capitalistas, con la Unión Soviética al frente, fueron incapaces de romper la lógica del capital. Un fenómeno semejante ocurre hoy con China, que por un lado oscila entre una apertura amplia hacia el mercado mundial bajo el mando del capital y por el otro fortalece un rígido control político ejercido por el Estado y el Partido Comunista Chino. Pienso que la reflexión de este punto es un primer y decisivo desafío³.

² Mészáros, I., *O poder da ideologia*, Boitempo, São Paulo, 1989.

³ No nos detendremos por ahora en la importancia de la monumental y decisiva resistencia de la Revolución en Cuba, tema sobre el cual más adelante entregaremos algunos elementos de análisis.

Avancemos un segundo punto: la experiencia del “socialismo en un solo país” o incluso en un conjunto limitado de países también fue una empresa derrotada en el marco del siglo pasado. Como dijo Marx, el socialismo debe ser concebido como un proceso histórico-mundial; las revoluciones políticas pueden inicialmente asumir una conformación nacional, más limitada y parcial. Pero las revoluciones sociales tienen un intrínseco significado universal.

Si la fase del capital mundializado, de acuerdo a la caracterización de Chesnais⁴, está marcada por un sistema global del capital *desigualmente combinado*, el socialismo solo podrá ser concebido como proyecto global/universal. Su efectividad en el espacio nacional dependerá decisivamente de su desarrollo en otros espacios nacionales, lo que tendencialmente le permitirá ser un proceso histórico-mundial. Y, en ese movimiento, mientras más pueda alcanzar el corazón del capital (Estados Unidos, Europa Unificada y Japón en primer lugar), mayores serán sus posibilidades efectivas.

Del mismo modo, la preservación de los elementos propios del mercado durante la transición socialista del siglo XX, se mostró como un camino certero para que el sistema del capital pudiera reinstaurarse. Así, la constitución de una asociación libre de trabajadores que gestan un nuevo sistema de metabolismo social fundado en el trabajo autónomo y auto-determinado, es incompatible con los engranajes del mercado⁵. Los conceptos apologeticos y justificadores del tipo “economía socialista de mercado” o “mercado socialista” son eufemismos usados para encubrir el retorno y el poderío del sistema del capital en su proceso de restauración.

Los casos de China y de la antigua Unión Soviética son muy importantes. Muchos creyeron que la apertura económica soviética, junto con su apertura política, sería condición para la preservación de lo que allí se denominaba, también de modo equívoco, “socialismo real”. El desmoronamiento del sistema soviético ya es parte de nuestra historia reciente y sólo una gran ingenuidad puede imaginar que el “socialismo chino” pueda controlar el sistema del capital⁶ que se extiende intensamente por China, donde la degradación del trabajo ha llegado a ser una

⁴ Chesnais, F., *A Mundialização do Capital*, Xamã, São Paulo, 1996.

⁵ La lectura de Mészáros (1995) en este punto es aún más decisiva: Mészáros, István, *Beyond Capital*, New York/Londres, 1995.

⁶ *Idem*.

constante utilizada por el sistema global del capital para dilapidar más todavía la fuerza del trabajo a escala global.

La diferencia mayor, cuando se comparan los casos chino y soviético, es que el primero realizó una monumental apertura económica para el capital, hipertrofiando el aparato político del Estado y su control sobre la sociedad de clases. Es decir, realizó su apertura económica manteniendo ultracentralizado el control del Estado a través del Partido Comunista y del Ejército. Ejemplo de estas mutaciones y del avance del sistema del capital, está presente en el hecho de que el Partido Comunista Chino permite la filiación de empresarios en su seno. No es difícil imaginar lo que resultará de esto en los próximos años y décadas.

Desatender el proceso anterior, cuando se piensa en el socialismo del siglo XXI, equivaldría a desatender la historia. Considerar la historia crítica de las experiencias socialistas del siglo XX es fundamental para el ejercicio efectivo del socialismo en el siglo XXI.

En este contexto, las posibilidades del socialismo en América Latina deben ser pensadas como parte de un proceso que no se agota en su espacio nacional. Como vimos anteriormente, a lo largo del siglo XX, la tesis del “socialismo en un solo país” tuvo trágicos resultados. El desafío mayor por lo tanto, es buscar una ruptura con la lógica del capital a escala simultáneamente nacional, continental y mundial. Países como Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia y Colombia, pueden tener un papel relevante en este escenario, dado que constituyen polos importantes de la estructuración mundial del capital y que poseen un contingente significativo de fuerzas sociales y políticas laborales. Asimismo, en estos países existen luchas y movimientos sociales de extrema importancia.

Económicamente, muchos de estos países están dotados de un significativo parque productivo como Brasil y México; otros tienen importancia política estratégica, como es el caso de Venezuela que conjuntamente con Bolivia y Ecuador, buscan alternativas contrarias a la lógica destructiva del capital actualmente dominante.

Junto con la eclosión de luchas y levantamientos populares en India, Rusia, Corea, Indonesia, entre otros países que no están directamente en el centro del mundo capitalista, constituyen una gama de fuerzas sociales populares y de trabajadores capaces de impulsar un proyecto que tenga como horizonte una organización societal socialista de nuevo tipo, renovada y radical, bastante diferente de los emprendimientos revolucionarios intentados durante el siglo XX.

En este periodo histórico, el desarrollo de movimientos sociales y políticos de izquierda y de masas, capaces de enfrentar algunos agudos desafíos de fin de siglo, también están presentes. Desde el movimiento social y político de los Zapatistas en México de 1994 contra el dominio imperial norteamericano, pasando por la comuna de Oaxaca, que sacudió el poder oligárquico en México recientemente, o incluso por el advenimiento del Movimiento de los Trabajadores Sin-Tierra (MST) en Brasil o por la reanudación de las luchas obreras y sindicales en América Latina y las explosiones sociales de los trabajadores desempleados en otras partes del mundo. Sin olvidar las batallas de Seattle, Niza, Praga, Génova, en los encuentros del Foro Social Mundial, la lucha de los “piqueteros” en Argentina, las luchas sociales por problemas vitales, como las batallas contra la privatización y la “mercantilización” del agua, del gas y el petróleo como ocurre en Bolivia, Venezuela, Uruguay y otros países de nuestro continente.

Estamos viviendo importantes cambios sociales y políticos con la Revolución Bolivariana en Venezuela, con el advenimiento de los gobiernos populares de Evo Morales en Bolivia y de Rafael Correa en Ecuador, entre tantas otras acciones y batallas en curso en América Latina, entre muchos otros movimientos de masas y de izquierda que emergen en el mundo contemporáneo, desde los más episódicos hasta los más perdurables, todos ejemplos de nuevas formas de organización de los trabajadores y los precarizados del mundo, de los nuevos trabajadores y pueblos del mundo, de la nueva morfología del trabajo y de luchas sociales que se rebelan contra el sentido destructivo del capital y su forma mundializada, que alcanza en este inicio del siglo XXI su forma más agresiva y brutal contra la humanidad trabajadora.

Estas luchas asumen cada vez más la forma de movimientos contra la completa mercantilización del mundo y la totalizante “mercantilización” de todo lo que se produce y que se amplía, mientras a su vez buscan alcanzar de modo persistente el capital en su propia materialidad. Su fuerza está en indicar la centralidad de sus luchas en el propio espacio del capital y de su sistema, siendo por eso luchas centralmente extra-parlamentarias y extra-institucionales.

Como nos enseña Mézáros⁷, al ser el capital un sistema de metabolismo social esencialmente extraparlamentario, cualquier tentativa

⁷ *Idem.*

por superarlo que se atenga a la esfera institucional y parlamentaria, estará imposibilitada de efectuar la difícil empresa de destruir el sistema capitalista y los pilares que lo sustentan. El mayor mérito de los nuevos movimientos sociales y políticos que antes indicamos, surge en la centralidad que confiere a las luchas sociales un perfil esencialmente (o predominantemente) extraparlamentario. El mayor desafío del mundo del trabajo y de los movimientos sociales de izquierda es crear e inventar nuevas formas de actuación autónomas, capaces de articular y centralizar las acciones de clase contra el capital y su lógica destructiva. Esto en una fase en que nunca el capital ha sido tan destructivo respecto al trabajo, la naturaleza y el medioambiente, en suma, a la humanidad.

El rechazo de la separación, introducida por el capital, entre la acción económica hecha por los sindicatos y la acción político-parlamentaria de los partidos, entre lucha social y lucha política concebidas separadamente, es absolutamente imperiosa e imprescindible cuando se pretende derrotar de hecho al poderoso sistema de metabolismo social del capital, estructurado a partir de la tríada Estado, Capital y Trabajo asalariado⁸. La acción contra el dominio del capital en la búsqueda del socialismo debe articular lucha social y lucha política en un complejo indisoluble.

El mundo del trabajo y de las luchas sociales de clase, en sus complejas relaciones con las luchas ecológicas, de género, étnicas, generacionales, en su esencia, por la igualdad sustancial, tienen cada vez más una conformación mundializada. Con la expansión del capital a escala global y la nueva forma asumida por la división internacional del trabajo, las respuestas del movimiento de los trabajadores asumen cada vez más un sentido universalizante. Cada día más, las luchas de corte nacional deben articularse con una lucha de corte internacional.

La transnacionalización del capital y de su sistema productivo obliga aún más a la clase trabajadora y a las luchas populares a combatir las privatizaciones del agua, del petróleo y el gas, a combatir por el derecho al trabajo, por la reducción del tiempo de la jornada laboral, por la ampliación de los derechos sociales, y finalmente, por los problemas vitales. Por lo tanto, es imperiosa una fuerte articulación internacional en las acciones y en las luchas, tanto por la solidaridad como para fortalecer las formas de enfrentamiento. A la mundialización de los capitales le

⁸ *Idem.*

corresponde, por lo tanto, cada vez más y de modo intransferible, una mundialización de las luchas sociales y del trabajo.

Esto porque la clase trabajadora en el mundo contemporáneo, en su nueva morfología, es más compleja y heterogénea que la del período expansivo del fordismo, Tal como lo desarrolle en los libros *¿Adiós al Trabajo?* y en *Los Sentidos del Trabajo*. El rescate de lo que Alain Bihl llamó sentido de pertenencia de clase, contra las innumerables fracturas, objetivas y subjetivas, impuestas por el capital, es uno de sus desafíos más urgentes⁹. Asimismo, es necesario tener una concepción ampliada del trabajo que no nos conduzca hacia la tesis equívoca y eurocéntrica del mito del fin del trabajo¹⁰.

Impedir que los trabajadores precarizados queden al margen de las formas de organización social y política de clase es un imperioso desafío en el mundo contemporáneo. La comprensión de las complejas conexiones entre clase y género, entre trabajadores “estables” y trabajadores precarizados, entre trabajadores nacionales y trabajadores inmigrantes, entre trabajadores de etnias diferentes, entre calificados y sin calificación, entre trabajadores jóvenes y viejos, entre empleados y desempleados y finalmente, entre tantas fracturas que el capital le impone a la clase trabajadora, hace fundamental responder desde un movimiento social y político de trabajadores y trabajadoras, en la búsqueda y realización efectiva de un nuevo proyecto societal socialista este siglo XXI.

Una vez más el rescate del sentido de pertenencia de clase (lo que implica entender las conformaciones de la clase trabajadora hoy y su nueva morfología) es cuestión crucial en este viraje de siglo.

II. América Latina entre la barbarie y la búsqueda de felicidad social

En las últimas décadas, América Latina vivenció un verdadero genocidio neoliberal que se volcó sobre casi la totalidad de sus países, con la única excepción de Cuba. Genocidio caracterizado por enormes índices de indigencia social, concentración de la riqueza, preservación

⁹ Bihl, Alain, *Da Grande Noite à Alternativa*, Boitempo, São Paulo, 1998.

¹⁰ Antunes, Ricardo, *Los Sentidos del Trabajo*, Ed. Herramienta, Buenos Aires, 2002; Antunes, Ricardo, *Adiós al Trabajo*, Ed. Herramienta, Buenos Aires, 2005.

y ampliación del latifundio, de la propiedad concentrada de la tierra y de los agro-negocios. La tendencia destructiva de la lógica del capital alcanzó su punto más intenso, desertificando (casi irreversiblemente) el rico y potente continente latinoamericano y caribeño.

Este período se caracterizó por la expansión del gran capital transnacional bajo la hegemonía financiera y sus inmensos mecanismos de ganancia y acumulación, por el papel servil de los gobiernos y las burguesías locales cada vez más transnacionalizadas, por la acción de modelos económicos y políticas de gobierno que siguen los dictámenes del FMI, que “integra” hacia afuera (para los capitales globales) y desintegra socialmente hacia dentro. Por la vigencia de parlamentos degradados y de poderes judiciales benevolentes con las clases dominantes y responsables del crecimiento del cáncer de la corrupción.

Y como si esto fuera poco, el neoliberalismo (la forma ideológico-política más agresiva de la dominación del capital en las últimas décadas) nos ofrece los medios de comunicación de masas, con sus reality shows que se “dedican a lo vulgar, debilitando el espíritu y los sentidos con impresiones de lo bello y lo perfecto”, oscilando entre lo “frívolo y el insulto”, para recordar al genial Goethe en su clásico *Los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister*¹¹.

Pero el neoliberalismo viene dando muestras de agotamiento, especialmente desde fines de la década del 90 del pasado siglo. Ese es el motivo para que la “gran prensa” diga frecuentemente que los países andinos y latinoamericanos están vivenciando una fase de “inestabilidad democrática”: Venezuela, Bolivia, Ecuador, Perú, Colombia, varios serían los ejemplos que podrían inquietar y quitar el sueño a los señores de América.

Es como si una vez diseñada la arquitectura institucional electoral, los pueblos indígenas, los campesinos, los trabajadores del campo y las ciudades debieran cumplir el ritual electoral y como consecuencia de ese acto, aceptar todas las ofensas, embustes y estafas los años posteriores, en espera de las próximas elecciones, cuatro o cinco años después, para legitimar los procesos electorales latinoamericanos que preservan las nuevas y viejas oligarquías.

La historia, sin embargo, es distinta. En la cordillera de los Andes, responsable de una cultura indígena milenaria, cuyos valores, sentimien-

¹¹ von Goethe, Johann Wolfgang, *Os Anos de Aprendizado de Wilhelm Meister*, 1796.

tos y modo de vida son muy diferentes a los que valora el capitalismo de nuestro tiempo, resurge un nuevo ciclo de rebeliones que da claras señales de rechazo, confrontación e insurrecciones contra el neoliberalismo y sus políticas destructivas, contra la “democracia institucional” que genera cada vez mayor conservación que se acomoda a los mercados globales, de lo que resultan la miseria y la exclusión, la brutalidad y la barbarie, el desempleo y todo tipo de flagelo.

En el Perú, por ejemplo, hace algunos años ascendió al poder el pequeño Bonaparte Fujimori, corrupto hasta el alma, y, posteriormente Toledo, de apariencia india y cerebro yanqui, para mantener el recetario de la barbarie. Ellos acumularon índices de un completo y cabal rechazo popular. Sin embargo, nuevas elecciones garantizaron el poder de las viejas oligarquías.

En Ecuador, Gutiérrez, un ex-líder militar que encabezó un levantamiento popular e indígena en el año 2000, llegó a presidente por el voto, transformándose en el gendarme responsable de un gobierno corrupto y despreciable. Electo por el pueblo, en poco tiempo se convirtió en representante de las “élites” y fue depuesto por el pueblo. Y el movimiento indígena y popular que lo apoyó en las elecciones presidenciales pidió disculpas al pueblo por el error. Se mantuvo en la oposición y tuvo un rol central en el levantamiento que depuso al gobierno de Gutiérrez y que posteriormente permitió la elección de Rafael Correa.

Renace entonces la democracia popular de base y de masa, que como en Venezuela comienza a recuperar el espíritu comunal. Esta es probablemente la arquitectura más genial del verdadero poder popular que por primera vez apareció en la bellísima Comuna de París (1871), que, recordemos, tenía como consigna el generoso lema: “Estamos aquí por la Humanidad”.

Por otra parte, la Revolución Bolivariana, contra las diversas tentativas de golpe sufridas por el gobierno de Hugo Chávez, muestra a los trabajadores pobres de los morros de Caracas que bajaron a las calles para recuperar el poder del pueblo y recolocar a Chávez en la presidencia de la República, tras un infame golpe civil-militar pro-imperialista, al que siguió un cierre de la empresa petrolífera que se preparaba para la privatización. En Venezuela se percibe la fuerte organización popular que está en gestación, hecho suficiente para exasperar a las “élites” que quieren preservar a cualquier precio la barbarie y el poder oligárquico.

Ampliando la base popular, acentuando su trazo antiimperialista, aproximándose cada vez más a las alternativas de inspiración socialista, el gobierno bolivariano es el vivo ejemplo de algo verdaderamente nuevo y en construcción en nuestra América. Anclándose en un fuerte impulso popular, se convirtió en un obstáculo para la política de dominación y terror de Estados Unidos sobre el continente latino-americano. Por eso sufre de una enorme oposición de la derecha, interna y externa, y sólo la fuerza popular podrá avanzar e impedir los retrocesos.

La Venezuela popular sabe que necesita articular lazos de solidaridad con los pueblos latinoamericanos para impedir el aislamiento que por décadas el dominio imperial ha buscado —sin conseguirlo— al tratar de derrotar las experiencias populares y anticapitalistas, como la Revolución Cubana de 1959.

En Bolivia, los pueblos indígenas derrotaron la “institucionalidad” y “gobernabilidad” de la conservación y de la sumisión. Hace algunos años un presidente fue depuesto (Gonzalo Sánchez de Lozada) y su sucesor, Carlos Mesa (Vice presidente de Lozada), heredaba la misma política de la privatización que provoca tanta privación. Heredero de una tradición revolucionaria, el pueblo boliviano ha dado muestras de mucha fuerza y rebeldía, mostrando que la organización popular es cada vez más intensa. Allí también está presente otra huella del descontento: además de la revuelta popular de los indígenas, campesinos y obreros, sectores de las clases medias asalariadas —que en otro periodo sustentaron al neoliberalismo—, se acercaron a las luchas populares y participaron de los levantamientos. Fue ese contexto rebelde el que permitió la victoria electoral de Evo Morales.

En Colombia, presenciamos una injerencia política y militar directa del imperialismo de Estados Unidos, ya que a pesar de la presencia norteamericana, la resistencia se mantiene en varios frentes de lucha y de oposición. Injerencia imperial que tiene como “pretexto” el combate al narcotráfico, pero que de hecho quiere impedir la victoria de la izquierda armada colombiana, temiendo un nuevo ciclo de rebeliones y de revoluciones en nuestro continente.

Junto con los pueblos andinos, otros pueblos latinoamericanos también vienen rebelándose, como se puede visualizar en la fase de resistencia y el avance de las luchas sociales en toda América Latina. En Argentina, por ejemplo, presenciamos desde hace algunos años la

organización de los trabajadores desempleados, denominados “pique-teros”, que depusieron junto con las clases medias, tanto al gobierno de De La Rúa como a varios usurpadores-presidentes auto-designados, en el levantamiento de diciembre de 2001. Estamos viendo también la ampliación de un importante proceso de ocupación de fábricas por parte de los trabajadores (las “fábricas recuperadas”), que exigen trabajo y empleo, en un país que llevó al límite, durante los años 90, el servilismo del FMI y su política destructiva.

Estamos frente a una viva respuesta popular al neoliberalismo que desmanteló los derechos públicos y sociales, que privatizó todo lo que funcionaba en la *res-publica* Argentina, explotando las condiciones de trabajo hasta una informalidad y un desempleo que alcanzaron amplios contingentes de la población trabajadora. Este neoliberalismo financierizó al límite la economía, haciéndola aún más servil al FMI y a los Estados Unidos durante el mafioso gobierno de Carlos Menem.

La resistencia zapatista en México tuvo un papel decisivo en las luchas sociales y políticas de los años '90, cuando muchos creían que la historia había concluido su ciclo. La reciente Comuna de Oaxaca desnudó la barbarie del sometimiento político a los grandes capitales y sus intereses, haciendo desmoronar la farsa de la “democracia” tutelada y recuperando de modo excepcional el espíritu de la comuna como forma avanzada de poder popular.

La resistencia heroica del pueblo de Cuba que desconcierta al bloqueo tenaz del gigante imperial (e imperialista) del Norte y que durante casi 50 años ha desafiado al poderío norteamericano en el continente, la lucha del MST en Brasil contra el latifundio, la concentración de tierras, el agro-negocio y la propiedad privada en el campo, son también grandes ejemplos de los impulsos que surgen de las luchas sociales y políticas de América Latina.

Tal vez fuera interesante concluir este ítem con una pregunta: ¿será que las llamadas “institucionalidad” y “governabilidad” vigentes han devenido fuertemente negadoras y antípodas de la democracia efectiva, del poder popular real?

¿No estarán los pueblos andinos, amazónicos, indígenas, negros, hombres y mujeres trabajadores de los campos y de las ciudades, manifestando en sus luchas sociales que América Latina ya no está dispuesta a soportar la barbarie, la supervivencia, la desigualdad que benefician

exclusivamente a las clases dominantes, los capitales transnacionales y los intereses del imperio?

¿No estaremos presenciando el agotamiento de los reacomodos de las clases dominantes y el surgimiento, en suelo latinoamericano, de una nueva forma de poder popular, comunal, construido por la base, diseñada por la nueva morfología del trabajo que hacen los trabajadores, campesinos, asalariados de los campos y de las ciudades, desempleados etc., que comienzan nuevamente a soñar con una sociedad libre, verdaderamente latinoamericana, socialista y emancipada?

III. La nueva morfología del trabajo, las luchas sociales y las fuerzas sociales de la emancipación humano social

A pesar de la heterogeneización, complejización y fragmentación de la clase trabajadora latinoamericana (y también aquella que hoy existe en los países capitalistas centrales), las posibilidades de una efectiva emancipación humana y social, pueden tener viabilidad social y materializarse a partir de las revueltas y rebeliones que se originan centralmente (y no exclusivamente) en el mundo del trabajo; un proceso de emancipación simultáneamente del trabajo, en el trabajo y por el trabajo. Esta formulación no excluye ni suprime a otras formas importantes de rebeldía y disputa.

Pero viviendo en una sociedad que produce mercancías, valores de cambio, donde la lógica se remite a la valorización del capital y a su ciclo perverso, las revueltas del trabajo asumen un estatuto de centralidad en el combate directo contra el capital. Todo el amplio abanico de asalariados que comprenden el sector de servicios, más los trabajadores “tercerizados”, los trabajadores del mercado informal, los “trabajadores domésticos”, los sub-empleados y los desempleados, se suman de modo decisivo a los trabajadores directamente productivos, actuando todos como parte constitutiva de la clase trabajadora y configurándose en un polo social y político dotado de fuerte potencialidad y radicalidad anticapitalista.

De igual manera, la lucha ecológica, los movimientos feministas, los movimientos étnicos (indígenas, negros, inmigrantes, etc.), entre muchos otros movimientos, en sus acciones y luchas por la igualdad substantiva¹², encuentran mayor fuerza y vitalidad cuando consiguen articular sus reivindicaciones singulares y auténticas, como los movimientos ecologistas contra la lógica destructiva del capital (que destruye a escala global la naturaleza y las riquezas naturales) o como la lucha de las mujeres contra el carácter fetichizado y alienado del poder masculino que las subordina, en un espacio doble, el familiar y el del trabajo, en una división socio-sexual en la esfera del trabajo y de la reproducción, la primera controlada por el capital y la segunda, el espacio de la reproducción, por los hombres bajo una lógica patriarcal. Podemos mencionar también las luchas de los trabajadores inmigrantes o de diversos pueblos, etnias y culturas, por el fin de las distintas formas de opresión y explotación.

Las recientes huelgas y las explosiones sociales, presenciadas por los países capitalistas, son importantes ejemplos de las nuevas formas de confrontación social contra el capital, en razón de la nueva morfología del trabajo y su carácter multifacético. Ellas mezclan elementos de polos diferenciados que he denominado la *clase-que-vive-del-trabajo* y se constituye como un importante ejemplo de estas nuevas confrontaciones contra la lógica destructiva que preside la (des)sociabilidad contemporánea que cobró fuerza durante el siglo XX y que se intensifica en este nuevo siglo.

Esas luchas nos obligan a reflexionar sobre algunos puntos vitales si pensamos en el bosquejo de un proyecto societal socialista de nuevo tipo.

IV. La autodeterminación del trabajo y la producción de bienes socialmente útiles como el sentido esencial del proyecto socialista: por un nuevo sistema de metabolismo social

El proyecto socialista no podrá llevar a cabo otro modo de vida si no le otorga al trabajo un estatuto radicalmente distinto, tanto en lo

¹² Mészáros, István, *Beyond Capital*, op. cit.

referente a la subordinación estructural del trabajo al capital, como en su sentido heterónimo, subordinado a un sistema de mando y de jerarquía que negaba su auto-constitución.

Así ingresamos en otro punto crucial cuando se trata de entender el verdadero significado del trabajo en el socialismo y su profunda diferencia respecto a la forma social del trabajo bajo el sistema del capital. Tal como desarrollamos en el libro *Los Sentidos del Trabajo*, una vida llena de sentido fuera del trabajo supone una vida dotada de sentido dentro del trabajo. No es posible compatibilizar trabajo *asalariado, fetichizado y alienado* con un *tiempo verdaderamente libre*. Una vida desprovista de sentido en el trabajo es *incompatible* con una vida llena de sentido fuera del trabajo. En alguna medida, la esfera fuera del trabajo estará maculada por la pérdida de significado que se da al interior de la vida laboral.

Como sistema global del capital, nuestros días actuales también atañen intensamente a las esferas de la vida fuera del trabajo, la desfetichización de la sociedad del consumo tiene como correspondencia indispensable la desfetichización del modo de producción de las cosas. Esto hace más difícil su conquista, si no interrelaciona *decisivamente* la acción por el *tiempo libre* con la lucha contra la lógica del capital y la vigencia del *trabajo abstracto*.

Si el fundamento de la acción colectiva se torna radicalmente contra las formas de (des)sociabilización del mundo de las mercancías, *la lucha inmediata por la reducción de la jornada o del tiempo de trabajo* deviene importante y *enteramente compatible* con el *derecho al trabajo* (en jornada reducida y sin reducción de salario). De este modo, la lucha contemporánea inmediata por la reducción de la jornada (o del tiempo) de trabajo y la lucha por el empleo, en lugar de ser excluyentes, necesariamente se vuelven *complementarias*. Y el proyecto societal por un *trabajo lleno de sentido* y por una *vida auténtica fuera del trabajo*, por un *tiempo disponible* para el trabajo y por un *tiempo verdaderamente libre y autónomo* fuera del trabajo —ambos por tanto fuera del *control y el mando* opresivo del capital —se convierten en elementos esenciales para la construcción de una sociedad socialista ya no regulada por el sistema de metabolismo social del capital y sus mecanismos de subordinación.

La invención societal de una nueva vida, auténtica y dotada de sentido, reocupa, por lo tanto, en este inicio del siglo XXI, la necesidad imperiosa de construcción de un nuevo sistema de metabolismo social,

de un nuevo *modo de producción* fundado en la *actividad auto-determinada*. Actividad basada en el *tiempo disponible para producir valores de uso socialmente necesarios, en la realización del trabajo socialmente necesario y contra la producción hetero-determinada*, que caracterizó al capitalismo, basado en el *tiempo excedente para la producción exclusiva de valores de cambio para el mercado y la reproducción del capital*.

Los principios constitutivos centrales, que deben estar presentes desde la construcción del socialismo del siglo XXI, deben pautearse por los siguientes fundamentos: 1) *el sentido esencial de la producción y de la vida societal devendrán exclusivamente para atender las efectivas necesidades humanas y sociales*; 2) *el ejercicio del trabajo siempre deberá ser sinónimo de auto-actividades, de una actividad libre, basada en el tiempo disponible, profundamente articulado con el principio anterior, fundado en las necesidades humano-sociales*.

Durante la vigencia del capitalismo (y más ampliamente, del propio sistema del capital), el valor de uso de los bienes socialmente necesarios se subordina a su valor de cambio, que pasó a dirigir la lógica del sistema de producción del capital. Las funciones productivas básicas, así como el *control* de su proceso, fueron radicalmente separadas entre los que *producen* (los trabajadores) y los que *controlan* (los capitalistas y sus gestores). Como dice Marx, el capital operó una separación entre trabajadores y medios de producción, entre *el caracol y su concha*¹³, profundizándose la separación entre la producción de la atención de las necesidades humano-sociales y las necesidades de auto-reproducción del capital.

Habiendo sido el primer modo de *producción* en crear una lógica que no toma en cuenta de modo prioritario las reales necesidades sociales, y que por eso también se diferencia radicalmente de todos los sistemas de metabolismo social anteriormente existentes (que producían prioritariamente suministrando las necesidades de auto-reproducción *humana*), el capital instauró un sistema tornado hacia su auto-valorización, *independiente de las reales necesidades auto-reproductivas de la humanidad*.

De este modo, la recuperación societal de una lógica preocupada por atender las necesidades humano-sociales, es el primer y más profundo desafío de la humanidad en este nuevo siglo. Como afirma István Mészáros: “El imperativo de ir más allá del capital en tanto control del

¹³ Marx, Karl, *O Capital*, Ed. Civilização Brasileira, São Paulo, 1971.

metabolismo social, con sus dificultades casi prohibitivas, es un predicamento que la sociedad como un todo comparte”¹⁴.

O en las palabras de Alain Bihr: “... *el modo de producción capitalista en su conjunto, al someter la naturaleza a los imperativos abstractos de la reproducción del capital, engendra la crisis ecológica. Dentro del universo del capitalismo, el desarrollo de las fuerzas productivas se convierte en desarrollo de las fuerzas destructivas de la naturaleza y de los hombres. De fuente de enriquecimiento, se convierte en fuente de empobrecimiento, donde la única riqueza reconocida no es el valor de uso, pero sí esa abstracción que es el valor. Y, en este mismo universo, la potencia conquistada por la sociedad se convierte en impotencia creciente de esa misma sociedad...*”¹⁵.

El segundo principio societal, imprescindible, es concebir al trabajo como actividad vital (Marx), actividad libre, auto-actividad, con base en el tiempo *disponible*. Esto quiere decir que la nueva estructuración societal socialista debe rechazar el funcionamiento con base en la separación dicotómica entre tiempo de *trabajo necesario* para la reproducción social y tiempo de *trabajo excedente* para la reproducción del capital.

Una sociedad solamente estará dotada de sentido y efectivamente emancipada cuando sus funciones vitales, controladoras de su sistema de metabolismo social *sean efectivamente ejercidas autónomamente por los productores asociados y no por un cuerpo exterior y controlador de estas funciones vitales. Mientras el tiempo disponible, desde la perspectiva del capital es concebido como algo a ser explorado en el interés de su propia expansión y valorización*¹⁶, desde el punto de vista del trabajo vivo se muestra como condición para que la sociedad pueda abarcar sus carencias y necesidades efectivamente sociales y de ese modo hacer aflorar una subjetividad dotada de sentido dentro y *fuera* del trabajo¹⁷.

Esto porque el tiempo disponible será aquel desperdiciado de la actividad laboral auto-determinada, hecha “para actividades autónomas, externas a la relación dinero-mercancía”, negadoras de la relación totalizante dada por la forma-mercancía y contrarias, por lo tanto, a la sociedad productora de mercancías¹⁸.

¹⁴ Mészáros, István, *Beyond Capital*, op. cit.

¹⁵ Un análisis decisivo entre las conexiones existentes entre la crisis ecológica y la lógica destructiva del capital, emprendimiento imprescindible hoy, se encuentra en Bihr, 1991, capítulo V y en Mészáros, 1995, especialmente capítulos XV/XVI; Bihr, Alain, op. cit.

¹⁶ Mészáros, István, *Beyond Capital*, op. cit.

¹⁷ Antunes, Ricardo, *Adiós al Trabajo*, op. cit.

¹⁸ Kurz, R., *O Colapso da Modernização*, Ed. Paz e Terra, São Paulo, 1992.

Como conclusión: una vida llena de sentido en todas las esferas del ser social, dada por la felicidad social y por la omnilateralidad humana, solamente podrá realizarse a través de la demolición de las barreras existentes entre tiempo de trabajo y tiempo de no-trabajo, de modo que, a partir de una actividad vital llena de sentido, auto-determinada, más allá de la división jerárquica que subordina el trabajo al capital hoy vigente¹⁹ y, por lo tanto, bajo bases enteramente nuevas, pueda desarrollarse una nueva sociabilidad. Tejida por individuos (hombres y mujeres) sociales y libremente asociados, en conformidad con las aspiraciones más auténticas, suscitadas en el interior de la vida cotidiana, posibilitando las condiciones para la concreción de la identidad entre individuo y género humano, en la multilateralidad de sus dimensiones. En formas enteramente nuevas de sociabilidades, donde libertad y necesidad se realicen mutuamente.

El ejercicio del trabajo autónomo, una vez eliminado el desperdicio de tiempo excedente para la producción de mercancías, y eliminado también el tiempo de producción destructivo y superfluo (esferas estas controladas por el capital), posibilitará el rescate verdadero del sentido estructurante del trabajo vivo, contra el sentido (des)estructurante del trabajo abstracto para el capital. Esto, porque el trabajo que estructura el capital, desestructura el ser social, es decir, el trabajo asalariado que da sentido al capital, genera una subjetividad inauténtica, alienada/enajenada en el propio acto de trabajo. En una forma de sociabilidad auténticamente socialista, el trabajo, al re-estructurar el sentido humano y social de la producción, desestructurará el capital y su sistema de mercado. Y ese mismo trabajo auto-determinado que provocará el sin sentido del capital, generará las condiciones sociales para el florecimiento de una *subjetividad auténtica* y emancipada, dando un nuevo sentido al *trabajo*.

Si el trabajo se hace dotado de sentido, será también (y decisivamente) a través del arte, de la poesía, de la pintura, de la literatura, de la música, del tiempo libre, del ocio, que el ser social podrá humanizarse y emanciparse en su sentido más profundo. Lo que será un hermoso intento del socialismo del siglo XXI.

¹⁹ Mészáros, István, *Beyond Capital*, op. cit.

Referencias bibliográficas

- Antunes, Ricardo, *Los Sentidos del Trabajo*, Ed. Herramienta, Buenos Aires, 2002.
- Antunes, Ricardo, *Adiós al Trabajo*, Ed. Herramienta, Buenos Aires, 2005.
- Bihr, Alain, *Da Grande Noite à Alternativa*, Boitempo, São Paulo, 1998.
- Chesnais, F., *A Mundialização do Capital*, Xamã, São Paulo, 1996.
- Kurz, R., *O Colapso da Modernização*, Ed. Paz e Terra, São Paulo, 1992.
- Marx, Karl, *O Capital*, Ed. Civilização Brasileira, São Paulo, 1971.
- Mészáros, István, *O poder da ideologia*, Boitempo, São Paulo, 1989.
- Mészáros, István, *Beyond Capital*, New York/Londres, 1995.
- Von Goethe, Johann Wolfgang, *Os Anos de Aprendizado de Wilhelm Meister*, 1796.